

40 u
374.7
10

FERMIN ESTRELLA GUTIERREZ



**FUNCION ACTUAL DE LAS
ESCUELAS PARA ADULTOS**

TALLERES GRAFICOS DEL
CONSEJO N. DE EDUCACION
BUENOS AIRES - 1934

FERMIN ESTRELLA GUTIERREZ

NOV	017 466
NOV	7811
	3747
1934	10

**FUNCION ACTUAL DE LAS
ESCUELAS PARA ADULTOS**

TALLERES GRAFICOS DEL
CONSEJO N. DE EDUCACION
BUENOS AIRES - 1934

FUNCION ACTUAL DE LAS ESCUELAS PARA ADULTOS (*)

Cada país condiciona su educación según las fuerzas — permanentes o circunstanciales — que trabajan su destino. La estructura de esa educación — planes de estudios, organización de escuelas, programas, — obedece siempre a un instinto vigoroso, a una especie de conciencia colectiva, que por encima de todo, y a pesar de todo, empuja a la escuela hacia su verdadera finalidad. La vida de un pueblo es un fenómeno maravilloso y complejo. Los miles de vidas humanas que se agitan en él, acaban por fundirse en una sola vida, distinta y caudalosa. Las corrientes del pensamiento van y vienen, a lo largo de ese organismo gigantesco que es una sociedad en marcha, y una renovada energía, que sube del fongo de la tierar, del fondo de la historia, del fondo de nosotros mismos, orienta y tonifica este destino esencial. Por eso, la estructura de la educación en cada país depende en gran parte de esas fuerzas superiores, que no obran ciegamente, como a veces parecería suceder, sino que responden a un ritmo y a un equilibrio providenciales.

La educación — y principalmente la educación del adulto, — es, quizá, uno de los fenómenos sociales que ofrecen mayor sensibilidad al contacto con la realidad ambiente. Sensibilidad no quiere decir sometimiento, sino reacción espontánea, natural. Por eso, los sistemas educacionales, aunque parezcan obra de un pensador o consecuencia de un principio filosófico, obedecen e nel fondo, a ese flujo y refljo que es la vida vigorosa de un pueblo.

La organización escolar en nuestro país, ha obedecido a ese destino superior — y a veces oculto — que acabamos de denunciar. Su reforma futura dependerá, pues, no sólo de los hombres y de los principios, sino de la evolución total del país. Y si hay retardo o deficiencias e ndicha organización, bástenos el sabor que toda obra humana

(*) Conferencia pronunciada en la Primera Exposición de trabajos de las Escuelas para Adultos, Escuela Presidente Roca, el 16 de diciembre de 1933.

es perfectible, y que nuestros pasos deben ir, siempre, firmemente, hacia esa perfección.

Las escuelas de adultos, que es lo que ahora nos congrega aquí, cumplen una misión heroica en nuestra ciudad. Y decimos "en nuestra ciudad", porque desgraciadamente no ha llegado aún la hora de verlas extenderse generosamente por todo el interior de la República — provincias y territorios, — tan necesitado de su obra. A ellas — a las escuelas de adultos de la Capital, — afluyen hombres y mujeres de todas las edades, de todos los países, de todas las clases sociales, cada uno en demanda de algo. Van a ellas el hombre y la mujer analfabetos, deseosos de remediar su desgracia y de iniciarse en la vida del estudio y la lectura. Van a ellas los hombres y las mujeres sin ocupación, ávidos de adquirir un instrumento que mejore su situación de miseria. Van a ellas los que trabajan — en el taller, en la oficina, en la casa, — pero que quieren perfeccionar su cultura y adquirir la posibilidad de un mejoramiento dentro de su mismo trabajo. Van a ellas los adolescentes que han tenido que emigrar, prematuramente, de la escuela primaria, y que quieren completar su primer cielo de estudios. Y van a ellas, por último, todos los que desean aprender algo, todos los que quieren, al margen de su vida de todos los días, adquirir una pericia, una habilidad, un rudimento de cultura.

El primer aspecto curioso de estas escuelas, lo constituyen, pues, sus alumnos. Estudiar esta masa anónima, descubrir sus propósitos, su voluntad, su constancia, es empresa de importancia fundamental.

La educación del adulto plantea, ante todo, el problema de la oportunidad de dicha educación, problema que debemos concluirlo afirmando que la educación es un proceso que dura toda la vida. Sobre la naturaleza misma de la referida educación, se ha discutido también mucho. La Asociación Mundial para la Educación del Adulto, fundada en 1919, ha concretado así esta finalidad: "El propósito de la Asociación Mundial para la Educación del Adulto es disipar la creencia melancólica de que los hombres y las mujeres no tienen nada que aprender; y difundir por todos los países y en todas las capas de la sociedad el sentido de admiración y curiosidad y el don de simpatía y compañerismo mutuos que tanto aumentan el significado de la vida".

En realidad, la educación del adulto es marginal. Supone un estudio serio y continuando como complemento de una ocupación que es la actividad cardinal de la vida de dicho adulto.

Acerca de la duda de si los adultos pueden o no aprender lo que se les enseña, no diremos sino que los resultados de dicha enseñanza

dependen, en gran parte, de la voluntad personal del alumno y del estímulo que se le sepa brindar.

El profesor Thorndike, de la Universidad de Columbia, ha realizado durante varios años interesantes investigaciones a propósito de la posible asimilación, por parte de los alumnos adultos, de lo enseñado durante las clases, y ha llegado a conclusiones valiosas, algunas de las cuales pasamos a citar:

“Los adultos pueden aprender con bastante facilidad y rapidez, y probablemente pueden aprender mucho más de lo que aprenden.

“La educación del adulto no sufre ninguna desventaja a causa de la edad de los estudiantes.

“En general nadie que no haya llegado a los 45 años debiera dejar de tratar de aprender algo por temor de que sea demasiado viejo para aprenderlo.

“Los adultos aprenden menos de lo que podrían porque no les interesa lo suficiente el aprender.

“Los adultos aprenden menos de lo que podrían debido, en parte, a que no aprecian lo suficiente su poder de aprender y, en parte, porque temen llamar la atención y causar comentarios desagradables.

“En general los maestros de los adultos de 25 a 45 años de edad debieran esperar que aprendiesen con la misma rapidez y de la misma manera como hubiesen aprendido la misma cosa entre los 15 y los 20 años de edad.

“El dar facilidades a los adultos para que aprendan las cosas que pueden aprender y que son útiles para todo el mundo, es una buena filantropía y una inversión productiva para la nación.

“En vez de decir “la infancia es la época de aprender”, deberíamos decir “el tiempo de aprender algo es cuando se necesita”. Pues hay muchas ventajas cuando lo que se aprende satisface alguna necesidad real, beneficia algún propósito inmediato”.

Hasta aquí, la experiencia del profesor Thorndike.

La apetencia de instrucción por parte de los adultos, en su forma individual y primaria, no es, por otra parte, un fenómeno nuevo. Pero sí lo es el funcionamiento de centros de enseñanza donde esos adultos van regularmente a aprender algo.

Corresponde a Inglaterra una de las primeras iniciativas en este sentido, siendo Ruskin, al promediar el siglo pasado, quien primero organizó cursos de extensión universitaria, que bien pronto habrían de ser adoptados en otros países. Pero la enseñanza impartida en estos cursos, cuyos oyentes eran en su mayoría obreros y empleados, fué eminentemente humanista, concretándose en la mayoría de los casos

al estudio de la historia y de la literatura nacionales. En Francia, en Bélgica, en Suiza, las llamadas "universidades populares" tuvieron un carácter casi exclusivamente económico y político, y funcionaron como células independientes dentro de las organizaciones patronales y obreras de fines del siglo. Por último, en Alemania y en los Estados Unidos de Norte América esta rama de la enseñanza popular tomó rumbos nuevos, dedicándose a la especialización y a la técnica. Obreros, empleados y campesinos, concurrían a las escuelas nocturnas, luego de cumplida su labor, con el objeto de perfeccionarse en su oficio o profesión y mejorar sus condiciones de vida. En todos los países citados, la afluencia de alumnos a las escuelas, cursos o institutos nocturnos fué creciendo de manera extraordinaria, como que dichos establecimientos respondían, en la mayoría de los casos, a una necesidad apremiante y concreta. Pero fué después de la guerra europea cuando estos estudios complementarios y de especialización adquirieron una importancia social y cultural enorme.

En nuestro país, hasta hace unos quince años, las escuelas nocturnas, creadas por la Ley 1420, tenían una vida pequeña y limitada. La enseñanza que en ellas se impartía era puramente teórica, y se reducía a los ramos instrumentales y a un mínimo de conocimientos determinado de antemano. La población escolar era, en general, escasa. La utilidad de lo que en las escuelas se enseñaba, relativa. Pero vinieron los años de la post guerra y cambiaron el ritmo de nuestra vida, de nuestra actividad y de nuestra producción.

La creación de cursos especiales fué una consecuencia de esas fuerzas que trabajan el destino de una sociedad y a las cuales aludimos al principio. Respondía a una necesidad efectiva, real. Los empleados y los obreros que concurrían a las escuelas nocturnas necesitaban, logrado el mínimo de instrucción, una aptitud o una capacidad técnica para afrontar valientemente la vida. De ahí el éxito inmediato — sostenido luego en el transcurso de los años — de estas escuelas renovadas.

Uno de los momentos más difíciles de toda acción humana, es precisar la finalidad de dicha acción. Saber a dónde se quiere ir es resolver de inmediato muchas dificultades. Un punto, lejos o cerca, en el horizonte de nuestro anhelo, y una voluntad firme para obrar. Lo demás, es obra del tiempo. ¿Cuál debe ser, en líneas generales, la finalidad de la educación? Contestaremos con estas palabras de Carlos Octavio Bunge: "El fin de la educación es desarrollar en cada uno sus aptitudes personales para su mayor aprovechamiento individual y social". En la educación del adultos, este doble propósito

puede lograrse de manera perfecta. En el hombre y en la mujer que buscan, al promediar sus vidas, una ayuda en la escuela, debe ver el Estado una responsabilidad que no es posible eludir. Es necesario, pues, proporcionar a esos adultos, de inmediato, los medios para su mejoramiento individual, y es necesario, también, aprovechar ese esfuerzo en bien de la colectividad. Hay que crear la escuela de trabajo, hay que dignificar los trabajos manuales, repudiados en nuestra clase media por un atavismo que viene desde los primeros años de la colonización; hay que tratar de que cada habitante, rico o pobre, sepa un oficio; hay que apartar a nuestros jóvenes de las estériles aspiraciones burocráticas y hay que trabajar verídicamente, materialmente, en el resurgimiento económico y cultural del país.

“Las artes manuales — dice Sarmiento — son complemento indispensable en la economía interior de los pueblos. La tierra no desarrolla su superficie con los progresos de la población; por lo que las campañas y aún más las ciudades, suministran en cada generación un excedente de brazos que, no poseyendo tierra ni capital, necesitan adquirir un arte de producir objetos que cambiados por dinero den medios de vivir y de adquirir capital”. Diagnóstico certero y aleccionador de nuestra realidad.

¿Complen nuestras escuelas de adultos actualmente con la finalidad que acabamos de enunciar? Una observación atenta y desapasionada de la realidad, nos tiene que llevar con toda justicia a afirmar que sí. Por lo menos, en la medida que ellas pueden hacerlo. Ante todo, la cantidad de inscriptos durante el presente curso escolar habla eloquentemente al respecto. El señor Presidente del Consejo, en el discurso con que declaró inaugurada esta Exposición, dió un total de 37.438 alumnos inscriptos en las escuelas nocturnas de la Capital, repartidos de la siguiente manera: 12.219, en los cursos primarios, y 25.219, en los cursos especiales. Y planteó así la situación de dichas escuelas: “Si existe esa cantidad considerable de personas que desean aprender las primeras letras fuera de la edad escolar, con una perseverancia y fuerza de voluntad dignas de elogio, o adquirir conocimientos que les permita ganarse la vida honradamente, ¿cómo sería posible que el Estado, en su función tutelar, desoyera ese urgente llamamiento?”.

Por fortuna, la inquietud respecto al destino de las escuelas de adultos, sobre todo en lo que respecta a los cursos especiales, ha desaparecido, afianzándose la inteligente interpretación de la Ley 1420 con las leyes de presupuesto de estos últimos años. Por otra parte, las escuelas de adultos en nuestro país, desde los últimos quince años, cumplen am-

pliamente su misión civilizadora. Ellas nacieron con la Ley 1420, como una necesidad de extirpar el analfabetismo en los adultos y como un medio de perfeccionamiento técnico para los mismos. Esto está en el espíritu y en la letra de la Ley. Porque una ley es tanto más sabia cuanto mayor posibilidad deja para una interpretación eficaz en el transcurso del tiempo, y esto es lo que ocurre con nuestra Ley de Educación Común, una de las leyes más previsoras y mejor inspiradas del mundo.

Cuando se historicie en el futuro el proceso y la evolución de nuestros organismos escolares, habrá de reconocerse cuánto han hecho las escuelas de adultos por responder a las actuales necesidades del individuo y del país. En efecto, la adaptación al medio, la sensibilidad por los problemas contemporáneos, el ponerse al lado y no frente al progreso evolutivo, son siempre reacciones propias de una dirección sabia y ponderable. La escuela de adultos ha evolucionado en estos últimos años en el mismo sentido en que han evolucionado la cultura y la economía del país. Ella ha salido de los límites pequeños de una escuela para analfabetos, y se ha convertido — dentro de la ley — en la escuela de perfeccionamiento de miles de empleados y obreros que necesitaban imperiosamente, urgentemente, de su acción. Las vicisitudes económicas que padecemos actualmente—reflejo de una crisis universal incubada en la Guerra Europea—obligan hoy a trabajar en los talleres, en las oficinas y en la calle, a miles de seres que antes no lo necesitaban. Hogares que ayer se bastaban con la labor del padre, vense hoy obligados a requerir de todos, madre, hijas e hijos, aún de los más pequeños, una contribución de trabajo indispensable para subsistir. Si se hiciera un cómputo de los alumnos que emigran en nuestras escuelas primarias de 3º y 4º grados, obtendríamos, sin duda, una cifra desconsoladora. ¿Qué hacer con esas vidas condenadas a crecer desde la adolescencia en el trabajo duro, lejos de la escuela y de toda posibilidad de cultura? ¿Habrá el Estado de resignarse a esta pérdida inmensa, a este desaprovechamiento de energías de civilización, que siempre, hoy o mañana, forman la base de su grandeza? Un pueblo de hombres que trabajan, vive, ciertamente. Pero un pueblo de hombres que trabajan, y además, estudian, ¿qué no podrá hacer, a dónde no podrá ir, mañana? Y bien, las escuelas de adultos son en nuestro país los organismos que han empezado a encauzar esos destinos y a disciplinar esas energías. Ellas viven diseminadas en toda la metrópoli, atrayendo a su seno a hombres, mujeres y adolescentes venidos de los cuatro horizontes. Ningún crisol más puro para fundir la nacionalidad, que el suyo. Ningún clima más propicio para fomentar la cooperación humanitaria y la solidaridad so-

cial. Ninguna posibilidad más grande que la que ellas ofrecen, para dirigir el alma de nuestro pueblo hacia un destino de sobriedad, de dignidad y de honradez.

Desgraciadamente, pocos conocían hasta ahora lo que estas escuelas hacían. Su obra era de una trascendencia enorme, más nadie lo veía. Nadie reparaba en ellas, sino por excepción. Pero ahí están, trabajando tesoneramente en las raíces mismas de nuestro pueblo. La obra que ellas realizan, parece obra de gnomos. Los gnomos trabajan en el corazón de la tierra, y acarrear los metales y las piedras preciosas. Las escuelas de adultos trabajan en el corazón — silencioso y abnegado — del pueblo. Esta magnífica Exposición es un índice de lo mucho que en ellas se hace y se sueña. Pues aquí están representadas todas las escuelas nocturnas de la Capital, absolutamente todas. Desde la más graude, hasta la más humilde. Hasta la Escuela de Puerto Nuevo, una de las experiencias más curiosas, y más nobles, de nuestra educación popular.

¿Hay algo más emocionante que un aula de escuela nocturna? Entremos en una. La escuela está en medio de un barrio de obreros. Casas pequeñas y miserables, niños harapientos en las veredas. A las siete de la noche empiezan a afluir a la escuela los alumnos. Unos viven cerca. Otros vienen caminando desde 15 y 20 cuadras. Son obreros. Han estado todo el día trabajando, entre el ruido enloquecedor de las máquinas. Están cansados, extenuados. Sin embargo, son las siete. Las clases van a empezar. El trabajo es una cosa dura. Pero el estudio puede ser una liberación. Podrán progresar dentro de su oficio, podrán prepararse para otro trabajo más en armonía con su vocación, podrán, tal vez, seguir estudios superiores. Ahí están, en la sala de clase. Son treinta o cuarenta voluntades de acero queriendo afianzarse de algo. El maestro lo sabe. Sabe que vienen de lejos, que están cansados, rotos por el trabajo, que quieren ser felices, un poco más felices, solamente. Y se pone al lado de ellos, se siente un poco hermano de ellos, y trabaja con amor porque está su corazón de hombre de por medio. Y lo que estos treinta o cuarenta hombres no aprendieron en la escuela primaria, lo aprenden ahora. A veces, en el mismo banco se sientan el padre y el hijo. Todas las edades, todas las profesiones, todas las patrias. ¡Qué emoción más honda sentimos al escuchar las estrofas de nuestro Himno coreadas por estos centenares de hombres! Centenares de voces diferentes, y una sola voz magnífica, levantándose como un augurio de grandeza para el porvenir.

Entremos ahora en esta otra escuela. Diez, doce, catorec clases repletas de jóvenes sentadas en los bancos. Rubias y morenas. Ricas y

pobres. Todas confundidas, hermanadas, en el trabajo. Se ven rostros pálidos, fatigados, con la marca indeleble del taller o la fábrica. Otros, alegres, sanos. Hay alumnas viejas y alumnas jóvenes. Unas vienen a aprender a leer y escribir. Otras a aprender a escribir a máquina, deseadas de un puesto en una oficina. Otras, a aprender contabilidad. Algunas trabajan en los cursos de corte y confección y labores, disimulando un oculto y conmovedor propósito: el preparar su ajuar de bodas. Otras vienen a aprender cómo se talla la madera, cómo se dibuja sobre metal, cómo se teje una matra, cómo se pinta un gobelino, cómo se arma un sombrero, cómo se prepara un menú. Todas vienen a algo, y como vienen a algo, como les mueve una necesidad o un gusto de aprender algo, son excelentes alumnas y aprenden admirablemente en poco tiempo. Y más allá de todos estos deseos, confesados u ocultos, nosotros vemos el hogar por fundar, o el hogar fundado ya, pero que es necesario cuidar, embellecer, conservar. Y vemos al ángel tutelar que es la mujer porteña, alegrando con su sola presencia, y con la obra de sus manos, el aire sereno de la casa.

Tanto en las escuelas de varones como en las de mujeres, los cursos especiales cuentan con una población de alumnos más crecida que los cursos primarios. Según la estadística dada por el señor Presidente, y que ya hemos citado, la diferencia de inscriptos en unos y otros cursos, ha sido durante este año de más del doble. Son cursos de Aritmética Comercial, de Castellano, de Contabilidad, de Taquigrafía, de Dactilografía, de Carpintería, de Telegrafía, de Cerámica, de Química Industrial, de Artes Decorativas, de Corte y Confección, de Labores, de Economía Doméstica, etc., etc. Estas son escuelas de hacer, no de hablar, solamente. Tienen lo que no tienen desgraciadamente las escuelas primarias: el ambiente alegre y sano de los grupos que construyen, que fabrican algo con sus propias manos. La necesidad de hacer — la alegría de hacer — tiene aquí su atmósfera y su estímulo. A nuestro pueblo le hace falta construir. Los hombres capaces de hacer y construir cosas — no importa qué — son optimistas y buenos. Y nuestro pueblo necesita, hoy más que nunca, hombres optimistas y buenos. Además, el país reclama del esfuerzo, no sólo espiritual sino material, de todos. La evolución económica de la Nación entra en un período de gran complejidad. Vamos dejando de ser exclusivamente agropecuarios, y el comercio y la industria se abren paso de día en día con más denodado empeño en nuestra vida. Adiestrar al pueblo para estos nuevos rumbos de nuestra economía ¿no es acaso realizar obra de cultura y de engrandecimiento nacional?

Otro aspecto, y no el menos interesante, sin duda, de las escuelas

de adultos, es el que se relaciona con la educación que las jóvenes reciben en ellas en tópicos concernientes al arreglo y cuidado de la casa. Aquí, donde no hay escuelas para novias en las cuales se enseñen los secretos que hacen confortable y retenedor un hogar, la función de las escuelas nocturnas es ciertamente meritoria. Las artes decorativas, las labores, la economía doméstica, son un capítulo valioso en la vida de una mujer. Claro está, que se hace necesario una orientación estética firme a este respecto. Los profesores de estas materias en las escuelas de adultos, deben ser personas de buen gusto y de cultura estética bien probada, y deben encauzar hacia la sobriedad, hacia la sencillez, hacia la mesura, el instinto industrioso de sus alumnas. Deben enseñar que embellecer una casa no es adornarla, y que multitud de cosas que hoy trabajan con afán para exponerlas luego, ingenuamente, en los hogares, carecen de toda belleza, y contribuirán, desgraciadamente, a hacer recargados y de mal gusto los interiores que se pretende herosear. Y esta es otra misión trascendente de las escuelas de adultos. Como las jóvenes que concurren a sus aulas son numerosas, y de todos los ambientes sociales, y como luego se pueblan las casas con el producto de sus manos, se desprende que ninguna institución como dichas escuelas puede influir de manera tan decisiva en el buen gusto y en la elegancia — que son compatibles con la misma pobreza — del hogar y de las costumbres porteñas.

Por último, asignamos una importancia extraordinaria en la enseñanza de las escuelas de adultos al funcionamiento de bibliotecas, técnicas y literarias, dentro de las mismas. La Inspección General actual impartió instrucciones muy oportunas a este respecto, y creemos que todo cuanto se haga sobre el particular será poco. Nuestro pueblo lee escasamente, y es forzoso despertar en él el gusto y la necesidad del libro. Y no nos referimos solamente al libro de esparcimiento — novelas, narraciones, biografías, etc. — sino a libros que versen sobre cuestiones técnicas, dentro de cada curso o especialidad. De esta manera, las cosas se estudiarán más a fondo, con mayor sabiduría, y junto a la palabra viva del maestro, los alumnos dispondrán, a toda hora, de la palabra orientadora del libro.

Somos actores y espectadores de uno de los momentos más dramáticos de la Historia Universal. Estamos, quizá, en el vértice de dos civilizaciones, y un viento huracanado sopla sobre el mundo desde los días luctuosos de la conflagración europea. Cada uno en nuestro puesto, debemos cumplir con dignidad de hombres nuestra misión de mandar o de obedecer. Afortunadamente, pertenecemos a un país que tiene grandes reservas de optimismo y de energía. El sentimiento de la na-

cionalidad nos da cohesión y fortaleza, y el destino de la patria será el que nosotros, grandes o chicos, trabajemos con nuestras manos y con nuestro corazón. La educación, inteligentemente dirigida y controlada, es el resorte más firme en todo proceso evolutivo. Por eso, al medir lo que hacen, hoy, las escuelas de adultos en nuestro país, y lo que podrán hacer mañana, ponemos una esperanza fervorosa en los destinos de nuestro pueblo.

Y recordemos, en este caso particular, las palabras del gran Sarmiento: “El más sencillo medio de promover el progreso de la Nación es formar el productor, tomando niños, o todos nuestros actuales seres ineptos para ello, y destructores de los productos y capitales ya creados, para convertirlos en artífices de la prosperidad general”.

Nuestro país está llamado a ocupar un lugar de privilegio en el concierto de los países libres del mundo. Sobre la base de granito de nuestra historia vemos levantarse, día a día, el monumento de nuestra grandeza futura. Contribuyamos a inyectarle vida y contenido espiritual a ese monumento extraordinario que es la marcha de un pueblo joven que camina rectamente, derechamente, hacia su destino. Nosotros no veremos la tarea concluída, pero nuestra sangre y nuestros sueños latirán en la sangre y en los sueños del hombre futuro.

Fermín ESTRELLA GUTIERREZ.